

# ARNOLDO N. BERTA

(1881-1945)

Dr. Mario Berta

Escribir sobre el propio padre es siempre una tarea difícil porque, o entramos con toda el alma, corriendo el peligro de distorsiones subjetivas indebidas, o hacemos una descripción puramente objetiva de su personalidad que equivale a hablar de un hombre como si sólo fuera una cosa.

Intentaré seguir el camino de las cumbres con un precipicio a cada lado. No puedo hablar fríamente de mi padre pero sé también cual es el sentido que deben tener estas líneas dentro del contexto de este libro. Espero que el lector me perdone la breve síntesis inexperta de emoción y objetividad que aquí ofrezco, pero me es imposible separar lo uno de lo otro, al recordar esta figura tan importante de mi vida.

Arnoldo N. Berta Saglietti nació el 3 de noviembre de 1881, en la ciudad de Montevideo. Su padre era un suizo italiano, nacido en Belinzona (Cantón del Ticino), que vino de Génova en el siglo pasado, siendo niño, en un bergantín llamado "Emirene", el cual tardó tres meses para cruzar el Atlántico. Su madre era hija de italianos que fallecieron en la epidemia de fiebre amarilla de la época y a quien su único hermano internó en un convento mientras él luchaba por su existencia. La visitaba los domingos, acompañado por mi abuelo, su mejor amigo. Este la conoció allí y la sacó del convento para casarse con ella, a los 15 años de edad. De esa pareja, marcada por un destino tan azaroso y particular, nació mi padre como primer hijo de un grupo filial numeroso, del cual, a la fecha, todos han fallecido.

La vida de mi padre no fue, como la de mis abuelos, tan proteiforme y rica en eventos objetivos y externos, pero sí lo fue, ciertamente, en acontecimientos íntimos del alma.

Estudió y se recibió de médico en la Facultad de Medicina de Montevideo. Fue designado, en su oportunidad, Profesor de Patología General de la Facultad, desde cuya cátedra impartió la docencia a más de 30 generaciones de estudiantes. Fue también Jefe

de Laboratorio de Clínica Médica, Delegado a la IV Conferencia Sudamericana de Higiene, Microbiología y Patología, Miembro Honorario del Consejo de Salud Pública y culminó su vida profesional desempeñando,



*Prof. Dr. Arnoldo Berta*

durante muchos años, el cargo de Director del Instituto de Higiene Experimental, que lleva su nombre porque puso en esa institución todo su saber y su alma. Fue allí que preparó las vacunas antitífica, antiaftosa y anticarbunclosa, donando el beneficio material de su venta a la Facultad de Medicina, donde se formó y a la cual pertenecía. El Consejo Directivo de la Facultad decidió aceptar la donación pero resolvió destinar el 30% de las utilidades obtenidas con la venta de la vacuna anticarbunclosa, a su inventor. El desinterés material fue un rasgo característico de la personalidad del Profesor Arnoldo N. Berta. Lo supimos los hijos, desde chicos, porque fue un padre generoso pero austero. Cuando fue nombrado Director del Instituto de Higiene Experimental abandonó por completo el ejercicio profesional privado para dedicarse, únicamente, a sus funciones universitarias oficiales. Y no abandonó cosa chica sino la solvencia que hubiera representado la práctica privada al lado de su maestro el Profesor Américo RICALDONI de quien era discípulo predilecto. Colaboró con él en un trabajo clínico-experimental, de indudable trascendencia en su época: "La Disenteria amibiana en el Uruguay".

Debo señalar, con especial énfasis, este hecho muy significativo en la vida de mi padre: fue un hombre que tuvo su MAESTRO, el Profesor A. RICALDONI. Maestro es una palabra que no evoca, en la actualidad, la significación profunda que tuvo en otros tiempos y lugares. La inteligencia aguda, la cultura francesa vivida en la forma más pura y la fineza de personalidad de A. RICALDONI marcaron, con un sello indeleble, la vida de A. BERTA. De ahí, particularmente, su clara francofilia: estaba suscripto a un diario francés "Le Temps" y a una excelente revista "L'Illustration"; alimentaba su espíritu con literatura francesa selecta y se identificó entrañablemente con la filosofía de H. BERGSON, a quien seguía con pasión; educó a todos sus hijos en el Lycée Français y le gustaba de alma el humor francés que nos transmitía, de improviso, con dichos, anécdotas, proverbios y citas adecuados a las múltiples circunstancias de la vida cotidiana. Reitero: su maestro RICALDONI fue, por su calidad personal, un factor decisivo para el desarrollo de estas preferencias espirituales. Llegaba a hablarnos de RICALDONI, ya fallecido, con lágrimas en los ojos, porque, además de practicar con deleite el pensamiento racionalista francés, era un gran sentimental. Recordamos, con claridad, los tres hijos que aún vivimos, ya en la pendiente de la vida, el día,

cercano a la Navidad, cuando con nuestros padres íbamos a la casa del maestro RICALDONI, en el Prado, con la finalidad de saludarlo, a él y a su señora. La visita era un verdadero rito de devoción al maestro, mezclado, para los niños, con caramelos y olor a jazmines.

Mi padre tuvo toda su vida un profundo respeto por su Maestro. Querer comprender su vida de ascetismo social, de principios morales no traicionados y de entrega total a sus funciones oficiales como Director del Instituto de Higiene y Profesor de Patología General, sin recordar su filiación devota a su querido maestro A. RICALDONI me parece una tarea condenada al fracaso.

Podría añadir, entre otras muchas cosas más, que A. BERTA fue también, durante años, Delegado de los Profesores al Consejo Directivo de la Facultad de Medicina. Pero, con lo dicho anteriormente, queda claro que los cargos, títulos, méritos y trabajos fueron para él únicamente la ocasión formal de expresar su espíritu y no constituyen en su vida lo esencial. A mi padre nunca le interesaron los opeles mundanos. Enseñó con el ejemplo y particularmente lo hizo con nosotros, sus hijos, mostrándonos que lo decisivo en la vida no son las formas del mundo, en sí mismas, sino lo que cada uno hace con ellas. De la actitud correcta surge el sentido correcto con el cual el hombre vive su existencia. El sentido auténtico de la vida lo da el hombre y viene de dentro, de su actitud ante lo bueno y lo malo. Este fue, a mi entender, su mensaje y su enseñanza verdadera.

Y como toda vida vivida a fondo es una paradoja, mi padre, que no fue mundano, murió el 13 de agosto de 1945 de frente a las adversidades del mundo. Vivió y murió como un Quijote, por sus principios y sus ideas.

El "Estudiante Libre" de la época, en un artículo sobre su muerte, dice entre otras cosas: "Controvertido, a veces, en estos últimos tiempos, nosotros, que en determinados momentos discrepamos con algunas de las múltiples aristas de su actuación general, reconocemos, en el momento de la reflexión serena, ante el gran vacío que deja su desaparición, su noble personalidad de maestro, su dedicación al progreso de la Medicina nacional y de nuestra Facultad en particular, a la que dedicó las más fecundas horas de su existencia".